



I

CONFIESE que se me avivaba la curiosidad cada vez que nos venía aquel pícaro con historias de su muñeca. Hoy un apunte, mañana otro, perfilándola siempre, iba adivinando y componiendo la figura: dulce, débil, nerviosilla. A la postre tuve una muñeca diferente, tal vez, de la de Francesco: porque en la ficción, los héroes no están hechos de barro como los personajes de la vida real, y pueden ser muy finos y sutiles, exageradamente hermosos y nobles, según quiera la fantasía que los forja. Ideado el tipo, no me costó mucho trabajo familiarizarme con él: le veía en la imaginación como si le tuviera delante de los ojos, y en cuanto Francesco me hablaba de su Muñeca destacábase la mía de su escondrijo, como radiación de luz, agitándose, moviéndose, casi siempre apenada y triste, pues aquel tuno no solía tratarla con muchas consideraciones. Sí, por inverosímil que parezca, mi *Muñequita* se enfadaba y ponía hosca en oyendo una burla irreverente de su enamorado, ó si él no respetaba aquellos dulces secretillos de amor, pueriles y vanos en suma, pero de inestimable riqueza para la mujer. Descubríalo yo todo tal como lo digo, pero revelaré en secreto que la *Muñeca* no hacía sino reflejar mis propias sensaciones: ¡y mal haya quién lo tome á superchería ó invención, que el hecho no puede ser más natural y sencillito! A fuerza de ir pensando en la Muñeca de carne y hueso, á quien no conocía *materialmente*, simpatice con su persona, y la simpatía determinaba mi enojo contra lo que se hiciera ó pensara en su daño. Pregúntese á los psicólogos. No hay misterio alguno aquí.

La Muñeca quería mucho á Francesco; sabía lo que él me contaba de sus acciones y de su carácter, y mi amigo solía martirizarla y hacerla sufrir. Lo peor, que ella confiaba en su buen corazón, y la verdad ante todo, Francesco no era malo, pero tampoco era bueno para la Muñeca. No merecía que le amase tan firmemente, ¿digo por qué? porque, aun complaciéndole en sus ilusiones, él no podía hacerla feliz. Su espíritu tosco, tornadizo y ligero no sabía comprender y apreciar aquel virgen tesoro de gracia y delicadeza; y en el matrimonio, no tardaría en verse el alma de la loca mujer sola, viuda, caída en los abismos de la desilusión. Si he de ser franco, no creía yo que Francesco la arrastrara á la catástrofe, que le diera definitivamente el feudo de su hogar. Mi amigo no pasaba de ser ave de paso, á semejanza de esos traidores que ven la hembra en la copa de un arbusto, abaten el vuelo, cantan su endecha de amor y abren las alas y se pierden en la lejanía azul. Más valía así.

Llegó por fin la crisis, y en ese período la *Muñeca* ideal sufrió recios sinsabores, angustias mortales, que acrecían mi sorda irritación contra el alevé. Francesco experimentó cansancio y desgana á lo pronto; después se inició el hastío, y era de prever que no tardase el rompimiento. El me lo explicaba todo, sin sospechar que si su cándida Muñeca no conocía el peligro, la mía estaba al cabo de la calle. ¡Hubiérase visto aquella figurilla ilusa, la imaginada por mí, revolverse ora soberbia de rabia, como si sufriese un crispamiento de nervios horrible, ora caída en espasmos de estupor! Repito que yo la veía fantásticamente, como si la tuviera delante de los ojos. La acariciaba y le decía: «esto pasará luego, la agonía será breve», porque claro está que como mi *Muñeca* no vivía ni alentaba sino por sentimientos y actos reflejos, en cuanto mi amigo rompiese con la Muñeca real y faltasen el calor de las confidencias y el medio ambiente que le era propio, la ficción se iría apagando con lentitud en el claro oscuro de los recuerdos.

Pero me equivoqué: la agonía fué muy larga. Francesco no sabía como dejar á su Muñeca, porque... porque temía hacerle daño. ¡Pobre niña! Provocaba él conflictos, ideaba pretextos, y cuanto más la atormentaba é insultaba, tanto más sumisa, humilde, apasionada, reverente, mostrábase ella. ¡Qué lucha de todas las noches, en cada cual decidido Francesco á

que fuese la postrera, y siempre derrotado por aquella mujer que prodigaba á manos llenas, sin proponérselo, instintivamente quizás, gracias con qué rendirle! Salía él hosco, mohino, febricitante de cólera, porque en la misma humillación á que la sujetaba descubría riquísimos veneros de ternura, deleitosas y no sospechadas grandezas de un espíritu sutil y de un corazón magnánimo y sin mácula, y la frase brutal (cien veces revuelta y arrojada á los labios para que la modulasen) deshacíase en la boca aheleándola... no salía. Lo que pasaba entonces era que, enternecido y ablandado á su pesar Francesco, entregábase con loca inconsciencia á transportes de cariño, que caían en el corazón de la virgen como fuego, avivándole el impulso de querer. ¡Cuando Francesco creía llegar á la fin del idilio dejábala más enamorada que nunca. Y es que la Muñeca se imaginaba inferior á su amante, no como dueña y señora de su albedrío, sino como esclava que es feliz cuando el amo se digna mirarla compasivamente. En los enfados que fingía Francesco no recelaba ella el artificio, sino que le declaraba siempre con razón para creerla culpable.

— Le tengo lástima — me decía Francesco, — porque si le pidiera la sangre, se abriría las venas. No sé cómo acabar, y sin embargo es preciso. Apretando los puños añadió rabiosamente:

— ¡Si no le tuviera lástima!

Yo vi agitarse á mi *Muñeca* en la penumbra con airado estremecimiento, y repliqué:

— Acaba pronto; es infame que la hagas sufrir así. No la mereces.

Acres y duras debieron parecerle estas palabras, porque frunció el ceño. Había yo abierto brecha en su vanidad, y la pícara no le dejaba descubrir cuán justo era mi reproche. No se me escapó el aire de reto conque me dijo:

— ¿Que nó?... Tú lo has de ver. Súbete mañana, entre siete y ocho, al Rondín Alto.

II

Los dos amantes paseaban todas las noches por los jardines del Rondín, aprovechando aquel sitio silencioso, cuasi obscuro, en que tenían encerradas olorosas, jazmines que perfumaban el ambiente y bancos rústicos donde charlar con más sosiego: conocía yo aquel escondite, pero nunca fuí á visitarlo para que no pareciera que sorprendía á mi amigo. El banco señalado para esperar estaba en un recodo de los andenes, y á través de las hojas de los árboles filtrábase tímidamente la luna produciendo un claro obscuro tentador; el lugar resultaba apetecible, pero mi amigo era demasiado grueso para ser romántico.

De allí á poco llegó la pareja y se acomodó cerca de mí: habíamos pactado no reconocernos para que yo pudiese atisbar con más holgura. Haciéndome el distraído examinaba de reojo á la Muñeca: guardaba no sé qué aire de la mía, pero era menos esbelta y graciosa; tenían, sin embargo, las dos la propia palidez de muerte y el mismo tinte mate en los cabellos; los ojos tan azules, pero los de la Muñeca real más vivos, más ardientes y apasionados, y al recoger las pupilas — lo cual hacía con desusada frecuencia — creíanse dos puntas de alfiler que se clavaban en la carne. Estaba siempre seria, y me pareció dolorida y triste; pero escuchaba á su amado atentamente, como si él hablara cosas peregrinas y profundas que le iluminasen el espíritu.

A decir verdad, también á mí me tenía pasmado Francesco con su charla; nervioso, exaltado, tocaba todos los registros de la ternura y parecía aquella noche loco de amor. Hablaba de su cariño con tal apasionamiento, que me hizo dudar, y de cuando en cuando, la frase era balbuciente, el período obscuro y la voz fatigosa: comprendí que trasteaba en su cerebro una idea que él no sabía como traducir y que le producía escalofríos.